

EL HOMBRE CULEBRA

Y OTROS MIEDOS

Ana María Shua

ILUSTRACIONES DE Jok



EL HOMBRE CULEBRA

Y OTROS MIEDOS

Ana María Shua

ILUSTRACIONES DE **Jok**

EL
BAILE
DE LOS
SERES PEQUEÑOS



-Mi hijo es tan distraído —solía decir la madre de Hugo— que no sabe ni en qué día está viviendo.

Así era Hugo King, el hombre más distraído de todo el condado de Cork, y quizás de toda Irlanda. Quizás por eso mismo era tan buen pescador. Se sentaba a la orilla del lago, miraba flotar la boya, y dejaba que sus pensamientos corrieran sobre la superficie como los círculos concéntricos que se forman cuando se tira una piedra al agua. Hugo podía pasarse horas enteras allí, tan quieto y silencioso que los peces ni se enteraban de su presencia y se acercaban sin temor. Pero cuando el tirón de la caña lo despertaba, no había nadie como él para traer la presa hasta la orilla. Hugo King pescaba las mejores truchas de toda la región y hubiera ganado todos los concursos de pesca si solo se hubiera dignado

participar. Pero no le interesaba competir. Él solo quería vivir tranquilo y tomar lo bueno de cada día.

Una tarde estaba sentado pescando tan distraído como siempre sin notar que estaba cayendo la noche, hasta que se hizo tan oscuro que ya no podía distinguir la boya en el agua. En ese momento vio un montón de luces que parecían bailar en el aire. Una gran cantidad de personas se acercaban, iluminándose con antorchas. No iban por el camino, sino atravesando el campo. Parecían apuradas, de muy buen humor y estaban bien vestidas. Hombres y mujeres se reían, cantaban y hacían bromas. Cargaban cestos y bolsas, como si fueran a una feria.

Había en ellos algo extraño que a la distancia era difícil de distinguir. Cuando se acercaron lo suficiente, Hugo se dio cuenta de que eran pequeños, muy pequeños. Solo entonces nuestro pescador tomó conciencia de lo que había pasado: debía ser sin duda el 31 de octubre. Y había dejado que la noche cayera sobre él. Su madre tenía razón: no sabía ni el día en que vivía. Muchas veces había escuchado decir que es peligroso quedarse fuera de la casa hasta muy tarde en la víspera de Todos los Santos. Sin embargo, la gente que pasaba le sonreía tan amablemente que Hugo no tuvo miedo.

—¡Qué alegres están! —comentó, sonriendo—. ¿Adónde van?

Le contestó un viejo vestido con elegancia un poco anticuada, que llevaba en la cabeza un sombrero de tres picos adornado con una cinta dorada.

—Vamos a la feria, Hugo King. El que venga con nosotros, podrá disfrutar de la comida más deliciosa y la bebida más especial que haya probado en toda su vida.

Era una invitación y Hugo decidió aceptarla. Ni siquiera le extrañó que supieran su nombre. Todo sucedía como un sueño y al mismo tiempo nunca en su vida se había sentido más despierto.

—¿Me llevarías la cesta? —le preguntó una mujercita pelirroja—. ¡Es tan pesada!

—¡Claro! No me costará nada.

La cesta parecía muchísimo más liviana que la caja de pesca donde Hugo llevaba sus plumadas, cuchillos y anzuelos. Seguro de que sería muy fácil ayudar a la pequeña belleza, Hugo se cargó la cesta en el brazo que resultó mucho más pesada de lo que había calculado, y los acompañó a la feria. Allí había una multitud tan grande como no había visto en toda su vida. Ni la población de tres aldeas de Cork juntas formaría semejante muchedumbre. La canasta se le hacía cada vez más

difícil de transportar, como si su peso aumentara con cada paso.

En la feria todo era pequeño. Los músicos tenían instrumentos adecuados a su tamaño y tocaba sus gaitas y sus arpas con frenética alegría para que la gente bailara, mientras bebía vino en copitas poco más grandes que un dedal. Había comida en porciones tan pequeñas como sus consumidores, pero tan exquisita como si la hubieran preparado en el palacio del rey. Había hojalateros que reparaban ollas y minúsculos zapateros remendones que también tenían sus puestos en la feria.

Una hermosa mujer de cabello largo y rubio se reía y lo miraba con tanta insistencia que Hugo quiso invitarla a bailar. Pero para eso tenía que librarse de la cesta, tan pesada que parecía a punto de romperle el brazo.

—¿Ya puedo dejarla? —le preguntó a la pelirroja.

—Veo que te cansaste rápido —le contestó ella, burlándose un poco.

La pelirroja tomó la cesta, la apoyó en el suelo, levantó la tapa, y salió de adentro un viejecito arrugado, encorvado, de una fealdad casi monstruosa, que le hizo a Hugo una gran reverencia.

—Muchas gracias, Hugo King —le dijo—. He tenido suerte de que me llevaras, porque estoy muy

débil para caminar y no tengo nada que merezca el nombre de piernas. Abre tus manos, muchacho, que te pagaré lo que mereces.

Y el horrible duende echó en las manos del joven montones de brillantes monedas de oro que parecían surgir de la nada.

—Quiero que bebas a mi salud, muchacho, y que la pases lo mejor que puedas. No te asustes de nada de lo que oigas o veas.

En eso paró la música. La pelirroja y también la rubia que con la que Hugo quería bailar se fueron con el duende deforme y solo se quedó cerca el hombrequito con el sombrero de tres picos adornado con una cinta dorada.

—No te vayas ahora —le sugirió— que está por empezar lo mejor. El rey Finvara y su dama están a punto de llegar. También ellos quieren ver la Feria y participar de la fiesta.

Mientras estaba diciendo estas palabras, se escuchó el grave sonido de un cuerno y entró una lujosa carroza tirada por tres caballos blancos como la nieve. Un lacayo abrió la portezuela y dos personajes bajaron del carruaje. Eran un noble caballero, con su traje adornado por botones de piedras preciosas y hebillas de oro en sus zapatos. Y una elegante dama con la cara completamente cubierta por un velo de plata.

Finvara, el Rey de la Gente Pequeña, miró a Hugo frunciendo el ceño con enojo.

—¿Qué está haciendo aquí este hombre? ¿Desde cuándo los seres humanos están invitados a nuestra fiesta?

Hugo sintió que las piernas le temblaban y las rodillas se le licuaban. Estuvo a punto de caer al suelo de puro terror. El castigo de Finvara a los hombres que desobedecían sus órdenes podía ser terrible. De golpe, el Rey de la Gente Pequeña soltó una carcajada y, como si esa hubiera sido la señal de que la broma había terminado, todos los demás se echaron a reír al mismo tiempo, con tantas ganas que parecían a punto de deshacerse de risa.

La música había vuelto, atronadora. Un grupo de bailarines se acercó a Hugo y formaron ronda a su alrededor. Eran hombres y mujeres vestidos de blanco y, cosa curiosa, no eran tan pequeños como todos los demás. Parecían tener el tamaño de la gente normal, había entre ellos algunos niños. Se movían de un modo extraño, como si sus cuerpos, un poco rígidos, tuvieran dificultades para seguir el ritmo de la música. Una hermosa muchacha se desprendió de la ronda y tomó de las manos a Hugo, para hacerlo bailar con ella.

—¡Qué bueno que estés bailando con tus amigos! Pero deberías ser más amable —le dijo el viejito del



sombrero—. Están esperando que los reconozcas y los saludes.

Recién entonces Hugo se fijó más atentamente en las caras de los bailarines y de golpe reconoció a una de las chicas. Claro que la conocía. Era Patty, la hija de sus vecinos los O'Hara. El invierno pasado había intentado patinar sobre el lago helado en una zona donde el hielo era demasiado fino. La capa de hielo no pudo sostener su peso, Patty había caído al agua helada y se había enfermado de pulmonía. Unos días después estaba muerta. Él mismo había asistido a su entierro.

Entonces miró a los demás y los fue reconociendo uno por uno. Esos alegres danzarines que lo tomaban de la mano para incorporarlo a su ronda eran todos muertos, en sus largas y blancas mortajas. Allí estaban sus compañeros de quinto grado, que habían muerto en la epidemia de viruela. Allí estaban su abuela y su padre, que le sonreían desde lejos. Y su prima Betty, que se suicidó ahorcándose cuando su novio la abandonó para irse a trabajar a Dublín. Ahora se reía alegremente y casi no se le notaba la fea marca de la soga en el cuello. Allí estaba su amigo Richard, al que su caballo había arrastrado con un pie enganchado en el estribo hasta destrozarle la cabeza contra las piedras. Ya no tenía sangre en la

cara y una especie de cofia parecía sujetar los restos de su cabeza. A pesar de su aspecto, Richard bailaba y se divertía, riéndose locamente, igual que todos los demás.

Esa risa terrible era peor todavía que el suave movimiento de las mortajas al bailar, era peor todavía que las miradas sin expresión en los ojos de pescado de los muertos, pero no era peor que sus manos heladas agarrando a Hugo de los brazos mientras él intentaba soltarse desesperadamente.

Hugo trataba de escapar y buscaba un hueco en la ronda de los muertos que reían y reían y se apretaban unos con otros para no dejarlo salir. Lo obligaban a bailar ahora, y sentía que sus piernas se movían contra su voluntad en una especie de danza salvaje y desacompañada. La risa loca de los muertos penetraba en la cabeza del muchacho y le dolía como un clavo perforándole el cerebro. Sabía que esa risa lo estaba matando, que no podría resistirla ni un segundo más. Cayó desmayado.

Al día siguiente se encontró tendido sobre la colina, dentro del antiguo círculo de piedras de las hadas. Estaba mareado y le dolía muchísimo la cabeza, por un momento tuvo la esperanza de que todo hubiera sido un sueño. Se le ocurrió buscar en sus bolsillos, para ver si encontraba el dinero, todas esas monedas

de oro que le había pagado el duende deforme por llevarlo hasta la feria en esa cesta tan pesada. Pero no encontró ni una sola. A pesar de la decepción, se sintió mejor. Entonces había sido un sueño, nada más que un mal sueño. Y hubiera suspirado lleno de alivio si no fuera porque en ese momento se miró los brazos y las manos y se estremeció de horror. Se habían ennegrecido, porque los habían tocado las manos de los muertos.

Hugo volvió a su casa lleno de tristeza. Ahora sabía que los espíritus se habían burlado de él y lo habían castigado por haberlos molestado. La víspera de Todos los Santos es la única noche del año en que los muertos tienen permiso para levantarse de sus tumbas y bailar sobre la colina, a luz de la luna, en la gran fiesta de los Seres Pequeños. Y esa noche, los que todavía son mortales deben quedarse en sus casas, con las puertas bien cerradas, porque ningún ser humano vivo en este mundo tiene derecho a mirar el baile de las hadas y los muertos.

Sobre este cuento irlandés

Se los llama “la Gente Pequeña” y también “los Buenos Vecinos” o “Gente de Paz”, o “la Gente Linda”. Y si los humanos los llaman así, no es por admiración ni por cariño, sino por miedo. A ellos no les gusta que se pronuncie su verdadero nombre y lo mejor es tratar de atraerse su buena voluntad con un nombre agradable. Son elfos, enanos, trasgos, duendes, hadas, genios, brujos y fuegos fatuos. Tienen poderes y no siempre los usan para el bien. Viven en otra dimensión del tiempo y del espacio, en sus lujosos palacios escondidos bajo la tierra, cerca de los antiguos círculos de piedra y las rocas de formas raras, que no están colocadas allí por la naturaleza.

Son los sidhe (se pronuncia “shi”) de Irlanda, peligrosos como amigos y como enemigos.

Su rey es Finvara, generoso con los mortales que lo respetan, pero implacable contra aquellos que lo irritan, a veces por un error sin intención. Se dice que las jovencitas

hermosas deben tener mucho cuidado, porque Finvara, el rey de los Shi, es un mujeriego que secuestra muchachas mortales y se las lleva a su palacio bajo tierra.

Por supuesto hay quien dice que los círculos de piedra y las rocas son solo monumentos instalados allí por los hombres prehistóricos. Y que “la Buena Gente” no existe más que para los pobres ignorantes. Irlanda, que fue uno de los países más pobres del mundo durante siglos, a causa de la dominación inglesa, hoy es un país moderno, rico y educado. Y ya casi no hay irlandeses que se preocupen por hacerle ofrendas a la “Gente Pequeña” para ganarse su favor cada vez que construyen una casa o salen de viaje.

Pero yo no estoy de acuerdo con los que creen que las hadas no existen. ¿Acaso los sueños y las fantasías no forman parte de la realidad?